

Ucrania: ¿tambores de guerra?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Hace unos días el presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, hablaba de una inminente invasión de Rusia a su país. Para tal afirmación se basaba en la gran acumulación de batallones en la frontera, que, en su opinión, estarían disponiéndose para un ataque. Como era de esperar, el Kremlin lo desmintió inmediatamente y, en verdad, hasta la fecha no ha sucedido. Lo que no quiere decir que la divisoria ruso-ucraniana se haya convertido en estos momentos en el punto posiblemente más caliente del planeta. Según el Ministerio de Asunto Exteriores ruso, Kiev ha concentrado en la zona a unos 125.000 efectivos, la mitad de sus Fuerzas Armadas. Por su parte, Moscú dispone allí de 175.000 soldados aproximadamente. Esto nos da buena idea de la grave situación que se vive en la región. Un acopio de unos 300.000 uniformados puede dar lugar a incidentes en cualquier momento. Aunque de ahí a una conflagración abierta entre Rusia y Ucrania va un buen trecho. No obstante, lo delicado de la situación ha obligado a Joe Biden y a Vladímir Putin a mantener un encuentro bilateral telemático para tratar de encauzar la situación por la vía diplomática. En sí misma, la reunión constituye un triunfo del segundo, toda vez que unas pocas semanas antes el inquilino de la Casa Blanca había hecho lo propio con Xi Jinping. Es decir, que, a ojos del mundo, Putin vuelve a colocarse al mismo nivel que Xi, cuando fue el presidente Obama, con Biden como vicepresidente, el que reorientó toda su política exterior hacia el Lejano Oriente, relegando a Rusia a mera potencia regional.

En cuanto a la conferencia, tampoco se han logrado claros avances, ya que Biden amenazó con “duras medidas de carácter económico y de todo tipo” si Moscú no ponía fin a su escalada militar. Nada nuevo, por consiguiente. Rusia está acostumbrada a tales sanciones tras su anexión de Crimea en 2014, sin que se haya producido ninguna ofensiva militar en su contra. Y es que, en realidad, Ucrania no está entre las prioridades ni de Estados Unidos ni de la Unión Europea desde el punto de vista político-militar. No creo que Putin quiera meterse en una contienda contra Ucrania y todo parece responder a una operación de fuerza. Pero, en caso de una agresión rusa, cuesta creer que los estadounidenses y europeos se mojaran por Ucrania, como no lo hicieron por Crimea. Para Rusia, la entrada de Ucrania en la OTAN es una línea roja. Quiero recordar que, tras el desmoronamiento de la Unión Soviética, muchos de sus países aliados y de sus ex repúblicas terminaron entrando en la Alianza Atlántica sin que Moscú lo impidiese. Así, la mayor parte de sus socios del Pacto de Varsovia están hoy en ese organismo internacional, junto con Lituania, Letonia y Estonia. Es decir, la OTAN tiene desplegada sus tropas en la frontera noroccidental de Rusia. Sin embargo, el Kremlin no está dispuesto a que pase algo parecido con Bielorrusia, Ucrania o Georgia. Con Lukashenko en Minsk no hay ningún problema. En cuanto a Georgia, sus aspiraciones se vieron frustradas en tiempos de Mijaíl Saakashvili, al tratar éste de someter a los territorios díscolos de Abjasia y Osetia del Sur, ambos apoyados por Rusia. Ahora sólo queda Ucrania. Bajo el mandato de Boris Yeltsin, Estados Unidos trató con desprecio a Rusia, escenario que empezó a cambiar con la llegada de Putin al poder en 2000. Pronto se produciría la citada gran expansión hacia el Este de la OTAN, poniendo en guardia al presidente ruso. En su famoso libro “El gran tablero mundial”, Zbigniew Brzezinski afirmaba que “Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático”. Y aquí reside la clave de los conflictos que se han producido en los últimos años.

Al ganar Viktor Yanukovich las presidenciales de 2010, Ucrania abandonó sus

pretensiones de ingresar en la OTAN. Incluso, cuando años después se negó a firmar el acuerdo de asociación con la Unión Europea, numerosos ucranianos se enfurecieron y comenzaron las protestas del Euromaidán. Protestas que, inicialmente pacíficas, pronto se tornaron violentas. Allí estaban miembros de la Administración Obama para alentarlas, dirigidos por Victoria Nuland, asistente del secretario de Estado para asuntos europeos. Temiendo ser asesinado, Yanukovich terminó huyendo y refugiándose en Rusia, culminando así el golpe de Estado deseado por Washington. Semejante panorama trajo consigo tres consecuencias, a saber: un cambio de autoridades, más afines a Estados Unidos; la toma de Crimea, perteneciente a Rusia hasta 1954; y la sublevación de la región rusófona del Donbass, de las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, auxiliadas por Moscú. Naturalmente, esta fuerte injerencia de Washington en Ucrania ha terminado por desencadenar un conflicto que a día de hoy tiene pocos visos de pronta resolución. No le faltaba razón a Henri Kissinger al declarar, en diciembre de 2014, que “Ucrania ha tenido siempre una especial importancia para Rusia. Fue un error no tener eso en cuenta”. Con un diagnóstico tan certero, no sé hasta qué punto Biden habrá aprendido la lección o seguirá empeñado en seguir la senda de Obama y acrecentando la crisis.

8 de diciembre de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 12 de diciembre de 2021, p. 26